

mucho por la regeneración de él, y durante el tiempo que desempeñó tan importante cargo, se consagró á colocar dicho Vicariato á la altura de progreso moral en que hoy se encuentra.

Un año despues, es decir, en 1881, fué trasladado del Vicariato á la Iglesia de Chilapa, para ocupar la vacante que dejó el Ilmo. Sr. Barón, quien pasó á la diócesis leonesa.

Realizada la Peregrinación Mexicana á Roma, el Ilmo. Sr. Portillo volvió á la Ciudad Eterna al frente de aquella peregrinación, siendo uno de los que con más empeño trabajaron por llevar á cabo tal empresa. La segunda visita á la ciudad de los Césares proporcionó al Ilmo. Sr. Portillo nuevos méritos y nuevos honores, siendo recibido en Roma con bastante entusiasmo.

Cuando regresó á México, donde se lamentaba su ausencia, fué igualmente recibido con muestras marcadas de júbilo, tanto por sus numerosos amigos, cuanto por todos sus feligreses, quienes han tenido siempre en el Ilmo. Sr. Portillo un Prelado digno de todo cariño y respeto.

En 1889 fué trasladado á la silla episcopal de Zacatecas, vacante por la muerte del Ilmo. Sr. D. José María del Refugio Guerra.

El Ilmo. Sr. D. Buenaventura Portillo, en quien las virtudes monásticas resplandecen, es de los más notables Obispos de la Iglesia mexicana. Su modestia, la sencillez ingénita de su carácter y costumbres, y su humildad, le presentan como tipo de todas las cualidades morales que adornaron al seráfico Padre San Francisco.



ILMO. SR. DR. D. IGNACIO MONTES DE OCA,
OBISPO DE SAN LUIS POTOSÍ.

ILMO. SR. DR. D.

IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGON

OBISPO DE SAN LUIS POTOSI

No hay más que pasar una mirada por la majestuosa figura de este Prelado, para comprender el talento profundísimo de que está dotado y estimar la grandeza de alma que en muy alto grado posee. Su frente extensa y despejada, donde resplandece una vasta inteligencia; esa mirada viva y penetrante, en que centellea el fuego del genio y de la imaginación más fecunda, y por último ese aspecto grave y sereno que presenta su fisonomía, todo revela al hombre pensador, que á fuerza de estudiar mucho, ha llegado al pináculo del saber, familiarizándose con los arcanos de la ciencia y cultivando las bellas letras.

Buen testimonio de esto son las obras que lleva publicadas, las que muy á nuestro pesar sólo nos limitaremos á enumerar, por no ser la índole de esta publicación tratar extensamente de las producciones

que han legado á la posteridad los prohombres de la Iglesia y con cuyos trabajos se han enriquecido las bibliotecas mexicanas.

“Los Poetas Bucólicos Griegos,” correcta traducción al castellano y que encierra idilios tan preciosos como “La muerte de Adonis,” trabajo que el señor Montes de Oca llevó á cabo á la edad de diez y seis años; la traducción completa de “Las Odas de Píndaro,” obras que han sido juzgadas por críticos tan renombrados como Menéndez Pelayo y Caso, escritores españoles, y “Obras Pastorales y Oratorias,” así como “Ocios poéticos,” son el mejor orgullo para la literatura nacional y el galardón más grande para la Iglesia mexicana.

La Sociedad de Geografía y Estadística, la Academia Española y otras muchas agrupaciones científicas, tienen en su seno al Sr. Montes de Oca, que es infatigable cooperador del prestigio y engrandecimiento que á la presente disfrutan las Corporaciones á que dignamente pertenece.

Propagador decidido de la instrucción, el Sr. Montes de Oca ha dejado en todos los actos de su vida un recuerdo imperecedero que perpetuará su memoria en el catálogo de los mexicanos ilustres.

Hecho este pequeño exordio, tan insignificante para todos los merecidos elogios que pudieran hacerse del Sr. Dr. D. Ignacio Montes de Oca y Obregón, pasemos á hacer una breve apología de tan ilustre Prelado.

A la rica y floreciente Capital del Estado de Guajalajara cupo la honra de ver nacer á nuestro insig-

ne biografiado, digno heredero del talento preclaro de su padre, el Sr. Lic. D. Demetrio Montes de Oca, cuyo nombre aún resuena en el Foro mexicano, y de las virtudes de la Sra. D.^{ca} María de la Luz Obregón.

El día 26 de Junio de 1840, el hogar de aquel matrimonio santificado por el amor, recibía bajo su augusto techo al nuevo vástago que venía al mundo para ser el encanto de la familia, y más tarde un apóstol más de la fe cristiana.

Aquellos padres, que observaban fielmente la Religión Católica y que debían su felicidad al cumplimiento estricto de la ley de Dios, recibieron gustosos á aquel nuevo sér y le hicieron objeto de toda su predilección, dando gracias al Sér Supremo porque les enviaba un ángel consolador para sostenerles en todas las tribulaciones de la vida.

La infancia de aquel niño pasó como transcurre siempre la de todos aquellos seres que tienen la dicha de nacer en el seno de la Religión Católica, único asilo en que el alma puede soportar los rigores de su destierro y vivir con la esperanza bendita de un “más allá” adonde tornar purificada.

Cuando las primeras horas de la vida se deslizan en un hogar donde reina la moralidad; cuando se pasan al lado de una madre creyente y cariñosa, aprendiendo con besos y caricias el nombre de Dios; cuando en las calladas noches, aquel sér bendito se llega á nuestro lecho y nos obliga á ponernos de hinojos para elevar á Dios nuestra plegaria; cuando, en fin, se va formando el corazón en aquella escuela de amor y de creencia, natural es que cuando aquel

niño se haga hombre, lleve su mirada al Cielo y busque en el ámbito infinito el nombre de su Criador. Y cada astro cintilante con su brillar eterno, la Luna majestuosa que, como casta vírgen, recorre el ancho espacio, plateando las nubes; el refulgente Sol que, como real monarca, se levanta majestuoso en las bellas regiones del Oriente al beso de la Aurora, y se aduerme tranquilo por la tarde, reclinando su vívida corona en las régias montañas del Ocaso; las plantas y las flores, los trinos y la brisa, y hasta el más leve gemido que modulan las hojas de los árboles, todo le habla de ese Dios Omnipotente como el Infinito Autor de lo creado, siente en lo íntimo del alma los dulces consuelos de la Religión y no puede ménos que bendecir á aquellos séres que le inculcaron sentimientos tan bellos.

El Sr. Montes de Oca tuvo la inmensa dicha de pertenecer á una familia cristiana y formarse en medio de la moralidad más perfecta. Por eso hoy la Iglesia Católica le tiene al frente de sus hijos; por eso la historia eclesiástica guarda ya su nombre, y todo el Orbe católico le aclama y le respeta.

A los doce años de edad marchó á Inglaterra, donde con muy notable éxito hizo sus estudios preparatorios, volviendo á su patria, donde permaneció algun tiempo, tornando á Europa cuatro años despues. Cursó en Roma las materias eclesiásticas, graduándose de Doctor en Teología el año de 1862. Al año siguiente recibió las Ordenes sagradas de Presbítero, y en 1866 el título de Doctor en ambos derechos.

En la ciudad eterna fué Capellán de las tropas pon-

tificias y Camarero secreto de Su Santidad el señor Pío IX, y al regresar á su patria con tan vasta instrucción y tantos honores, desempeñó á toda satisfacción el Curato de Guanajuato, despues de haber servido ventajosamente el de Ipeonich en Inglaterra.

Durante el breve período del Imperio, el Sr. Dr. Montes de Oca fué honrado con el cargo de Capellán del Archiduque Fernando Maximiliano de Austria.

Preconizado Obispo de Tamaulipas en 6 de Marzo de 1871, y habiendo sido consagrado por el mismo Pontífice el Sr. Pío IX, tomó posesión de su diócesis el dia 6 de Junio del mismo año, verificando dos veces la sagrada visita de todo el Obispado, recorriendo en dos ocasiones la mayor parte de él y visitando en varias épocas las ciudades más principales, siempre atendiendo eficazmente á todas las necesidades espirituales de sus feligreses. Levantó los cimientos del edificio en que está hoy el Seminario Conciliar y dió principio á la Catedral de aquella diócesis. Fué trasladado á la silla episcopal de León y de ésta á la de San Luis Potosí, que hoy gobierna con beneplácito de la Iglesia mexicana.

Estos son los ligeros apuntes biográficos del insigne orador, poeta fluído y correcto, y Prelado eminente, cuyo nombre pasará á la posteridad para ser justamente admirado en la Iglesia, en las Artes y en la Ciencia.



ILMO. SR. DR. D. CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA,
OBISPO DE YUCATAN.

ILMO. SR. DR.

D. CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA

OBISPO DE YUCATAN

DESDE que el sagrado signo de la Redención fulguró en el hermoso cielo de México, descifrando las densas tinieblas de la idolatría, Yucatán ha sido la parte del territorio mexicano que más ha conservado incólumes los sanos principios de la Religión Católica.

Desde que se fundara en la Península la primera parroquia; desde que aquel templo consagrado á la advocación de Nuestra Señora de los Remedios, recibiera en su seno á los indios sometidos á la conquista de D. Francisco Hernandez de Córdoba, D. Juan de Grijalva y D. Francisco de Montejo, hijo, aquellas comarcas han sostenido siempre el espíritu religioso, hasta el fanatismo, al principio, y por medio de la convicción despues, hasta alcanzar la perfección moral de que hoy disfrutan los habitantes de Yucatán.

A esa perseverancia se debe sin duda alguna la florescencia que disfruta hoy esa tierra bendita, la predilecta del Atlántico, que, como orgullosa sultana, prodiga sus dones y riquezas por el día, y se aduerme tranquila y majestuosa envuelta en las tinieblas de la noche americana, al arrullo de aquellas olas que la cantan amores y la besan.

Todos los hijos de Yucatán pueden contarse felices de llevar en su pecho los consuelos inefables que nos legara con su sangre el Mártir del Calvario, y de haber aprendido del labio maternal una oración sencilla que poder repetir en todas las amargas de la vida.

Cada hogar de la Península es un templo augusto donde oficia el honrado y amante padre de familia, dando á conocer á sus hijos el culto del verdadero Dios, haciéndoles ver las continuas manifestaciones de su Omnipotencia y enseñándoles á saber corresponder á sus infinitas misericordias.

Por eso cuando aquellos niños llegan á la juventud y más tarde á ser hombres, son verdaderos creyentes y ven en cada semejante un hermano á quien amar con el desinterés y sublimidad del Cristianismo.

Uno de esos seres es el Ilmo. Sr. Dr. D. Crescencio Carrillo y Ancona, nacido en el seno de una familia cuyas virtudes le han valido un nombre ilustre, no sólo en el Partido de Izamal, donde vió la luz primera el Sr. Carrillo, sino en todo el Estado.

D. Maximiano Carrillo y D.^{ca} Josefa Ancona fueron seres á quienes tocó la dicha de dar al mundo un

nuevo apóstol de la fe, un sostenedor más de la sabia doctrina del Nazareno, en este siglo en que la humanidad parece tripular la barquilla de San Pedro, y como el apóstol en el lago de Tiberiades, salir de ella y falta de fe hundirse en las profundas olas del descreimiento, sin ver que el Señor con paso firme camina sobre ese mar airado que se calma á su paso.

El célebre Colegio de San Ildefonso, de Mérida, recibió en su seno al que más tarde empuñara el báculo episcopal en Yucatán. Los primeros estudios los hizo el Sr. Carrillo con notable éxito y recibió el grado de Bachiller en Filosofía, siendo alumno de la Universidad el año de 1856.

Si rápidos fueron los progresos que nuestro biografiado obtuvo en el Colegio de San Ildefonso, más aún los que alcanzó en la Universidad, donde se distinguió por su talento y preclara inteligencia, hasta terminar sus estudios eclesiásticos en 1860, recibiendo las Ordenes sagradas en Junio del mismo año.

Muy jóven era el Sr. Carrillo, pues tenia sólo 22 años cuando llegaba al pié de los altares para recibir el óleo santo y oír de boca del Pastor de las almas aquellas sublimes palabras que escucharan los Apóstoles despues de la última Cena, agrupados en torno del Divino Maestro: *Todo lo que atáreis sobre la tierra, atado será en el Cielo; y todo lo que desatáreis sobre la tierra, desatado será en el Cielo.*

Al Sr. Dr. Carrillo puede llamársele, con entera justicia, el Reformador de la Institución Eclesiástica en Yucatán, no sólo por los eminentes servicios que

prestó como Profesor de Latin, Filosofía, Literatura, Teología y otras materias, sino por las importantes mejoras que á él se deben, pues introdujo obras de texto y cátedras que no existían.

El establecimiento de la Academia de Ciencias Eclesiásticas, verificado el día 4 de Junio de 1864, y la fundación del Museo Yucateco, son dos hechos que testimonian lo que llevamos dicho, y nuevos recuerdos que contribuirán á inmortalizar el nombre del que hoy rige los destinos eclesiásticos de Yucatán.

Sabios tan eminentes como Bosseur de Boorboun, deben al ilustre sacerdote que hoy tratamos de dar á conocer, muchos alcances al perfeccionamiento de sus investigaciones y nuevas dotes adquiridas á costa del estudio y la dedicación.

Cuando el Dr. Carrillo ocupa la Cátedra Sagrada, arroba con su acento, lleva al espíritu un caudal bendito de consuelo, y trasporta las almas al Paraíso prometido para aquellos que perseveran en el bien y la virtud. Elocuente por las dotes que el Altísimo ha querido poner en su fecunda inteligencia, y con la vasta instrucción que posee, hija de su talento, el Ilmo. Dr. Sr. Carrillo Ancona ha merecido el título de orador eminente.

Como escritor es fluído y correcto, y así lo comprueban las muchas obras que ha dejado sobre Literatura, Filosofía é Historia, y otras que revelan su inteligencia elevada y su talento privilegiado, así como una incansable laboriosidad y un profundo amor á la patria y á su historia.

Ordenado Presbítero, sirvió eficazmente á la iglesia de Jesus y á la parroquia de Santiago, y durante ese tiempo muchos necesitados hallaron auxilio, tanto corporal como espiritual, en aquel Ministro de Jesucristo, que sólo ambiciona el bien de los demás y la propagación y sostenimiento de la Religión.

Entre los muchos cargos que desempeñó satisfactoriamente, ántes de ser consagrado Obispo, podemos citar los siguientes: Rector del Seminario, Secretario del Gobierno Eclesiástico, Provisor, Vicario general y gobernador de la diócesis.

A petición del Ilmo. Sr. Obispo D. Leandro Rodríguez de la Gala, cuya avanzada edad no le permitía dedicarse por completo á las muchas atenciones de su cargo, fué nombrado por la Santa Sede Coadjutor del Obispado de Yucatán.

Preconizado Obispo de Lera, *in partibus in fidelium*, y nombrado Coadjutor, con derecho de sucesión, fué consagrado en la Colegiata de la Villa de Guadalupe por el Sr. Arzobispo de México, el Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, el 6 de Julio de 1883.

Parece que la augusta Madre del Redentor, la poseedora de todas las mercedes, que quisiera permanecer entre los mexicanos y hacer á la hermosa tierra de Cuauhtemoc la nación más feliz del universo, derramara todos sus dones y todos sus privilegios en el ungido del Señor, para que más tarde guiara con acierto la nave de la Iglesia en el próspero y progresista Estado de Yucatán.

Todos los hijos de la Península recibieron con en-

tusiasmo al sucesor del Ilmo. Sr. de la Gala, porque veían en él al solo hombre que por su talento y sus virtudes podía reemplazar al que cansado de seguir á las ovejas descarriadas y llevarlas al redil, bajaría muy en breve al sepulcro, despues de haber llenado cumplidamente su misión y exclamado como el santo Job: *Allá en el sepulcro cesa por fin el grande ruido que mueven los impios; allí van á descansar los de las fuerzas cansadas.*

Llegó el momento supremo en que el Ilmo. Sr. Rodriguez de la Gala entregara su alma al Creador. Había estado al servicio del Señor, había sido su guerrero infatigable en esa lucha que tiene que sostener el Cristianismo contra los enemigos de la Iglesia, y moría satisfecho.

Aquel noble anciano que llevaba en sus cabellos el polvo del camino de la vida, y en el rostro las huellas de los años, podía volver á su patria tranquilo y seguro de ser bien recibido por el Sér Supremo.

Moria el dia 13 de Febrero de 1887, y con él dejaba de existir el Ilmo. Sr. Rodriguez.

Apénas el Sr. Dr. Carrillo ocupó la silla episcopal, comenzó á demostrar las aptitudes que tenia para desempeñar un cargo tan importante en estos tiempos que, como llevamos dicho, son tan calamitosos para la Iglesia Católica.

El celo cristiano que desplegó siendo Coadjutor de la Mitra, y aquella conducta tan plausible que observó en el breve período de aquel cargo, fueron más marcadas desde los primeros dias en que el Sr. Carrillo comenzó á ser el Pastor de la Iglesia Yucateca.

Visitó en poco tiempo la mayor parte de la diócesis, y procuró atender prontamente á todas las necesidades de sus súbditos.

Pronto se dejó sentir la benéfica influencia que ejercia el nuevo Obispo de Yucatán. El hijo de Ixamal, aquel niño criado para el Señor y educado por lo tanto en el seno de la moralidad, impartía con sus semejantes todos aquellos tesoros de virtudes que recibiera de sus padres, todo aquel raudal fecundo de instrucción que adquirió en el Colegio de San Ildefonso y en la Universidad.

Se recuerda aún con tristeza al Ilmo. Sr. Rodriguez de la Gala y se lamenta la muerte de tan ilustre Prelado; pero á la vez hallan todos los yucatecos en el Ilmo. Sr. Carrillo su Providencia y su guía en el áspero sendero de la vida.

Si mucho debe el Estado de Yucatán á su nuevo Obispo, mucho más es lo que se promete de él en lo sucesivo, si el Todopoderoso se digna prolongar los dias de su existencia y conservar la salud de tan augusto Prelado.

Dichosos los pueblos católicos que son encaminados, en la dolorosa peregrinación de la vida, por hombres sabios y virtuosos como el Ilmo. Sr. Carrillo y Ancona, hasta llegar al fin de la jornada.